

que el voseo sea piedra de toque del grado de vulgarismo de un dialecto hispanoamericano (pág. 51). Buenos Aires practica un voseo general, aun en las clases cultas, y conocemos regiones americanas de habla más vulgar que no conocen el voseo. Más concluyente puede ser el ejemplo de Venezuela: la zona andina (Mérida, Táchira y Trujillo), zona tradicionalista, la que conserva con mayor pureza el castellano y presume de hablarlo mejor, practica el voseo (como la meseta de Bogotá, también muy purista), y de ninguna manera tiene habla más vulgar que la zona de Barlovento, que lo desconoce. En Buenos Aires y toda la Argentina el voseo puede ser rasgo de popularismo (no de vulgarismo); en los Andes venezolanos, de espíritu conservador. También esa idea se debe a conocimiento incompleto de los orígenes del voseo (pág. 20): interpretando precipitadamente lo que dice Tiscornia, cree que se remonta a una tendencia española vulgar "de la que se encuentran manifestaciones en la poesía popular desde el comienzo del xvi y que ha dejado huellas en la conjugación de algunos dialectos peninsulares".

Pero el objeto del trabajo de Malmberg es el sustrato y el superestrato, la influencia indígena en el español de América y la influencia del español sobre las lenguas indígenas. Sus reflexiones personales están inspiradas —dice— en el artículo de Amado Alonso, *RFH*, III, 1941, págs. 209-217. Después de analizar las condiciones lingüísticas del Perú, Chile, el Paraguay y la Argentina, ve en el sustrato y en el superestrato fenómenos sociales o culturales y no biológicos, y llega a conclusiones muy moderadas: la influencia de las lenguas indígenas se ha ejercido sólo en ciertos territorios limitados donde las condiciones sociales lo han permitido; cuando más se profundiza en el estudio de los dialectos hispanoamericanos más se reduce el papel del sustrato; en consecuencia —dice—, hay que proceder con extrema prudencia en lo que concierne al sustrato céltico, ibérico, ilirio, etc., en la formación de las lenguas románicas y sólo cuando fracase toda tentativa para explicar los hechos románicos por las tendencias latinas o románicas comunes se podrá recurrir a la influencia del sustrato o del superestrato.

ÁNGEL ROSENBLAT

Universidad de Caracas.

M. TEIXEIRA-LEITE PENIDO, *O itinerário mystico de São João da Cruz*. Editora "Vozes", Ltda., Petrópolis, 1949. 252 págs.

El autor es catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Río de Janeiro, y ha publicado en París valiosos estudios acerca del pensamiento de Bergson y de la filosofía religiosa. Uno de ellos, particularmente, llama la atención de la crítica literaria: el que trata del papel de la analogía en la teología dogmática. Sabido es cómo, en las construcciones teológicas, junto a la deducción coopera el raciocinio analógico, y en toda la literatura mística el recurso retórico de la metáfora. Pero el presente volumen no es obra de catedrático de filosofía, sino de hombre de religión a quien preocupan los destinos de las sociedades hu-

manas. En su prefacio describe el actual caos de los espíritus y concluye que sólo los santos podrán satisfacer las ansias del corazón humano con el amor divino, y convertir a los hombres “de terrenales en celestiales”. Y, mientras no surja “un gran héroe de santidad”, él se atiene a los místicos del pasado, y de ellos prefiere a San Juan de la Cruz, que nunca fué un santo popular, pero que oficialmente es un Doctor de la Iglesia desde 1926, y que podría haber cambiado la faz del mundo si el llamamiento que lanzó en los yermos castellanos hubiese sido recogido por los hombres. Propugnando ardientemente el ahondar en la vida interior y la fervorosa oración mental, el santo castellano ofrece armas potentes contra “el culto del *activismo*, la idolatría del *rendimiento*, la pasión de la *técnica*”. Y esta implícita utilidad social de la trayectoria mística de San Juan es la que ha atraído al apologista brasileño.

Nos da a continuación una nota sobre sus fuentes bibliográficas. Éstas son principalmente las obras del santo, en la edición del Padre Bruno de Jesús-Marie y Crisógono de Jesús, y el grueso volumen de estudios de la filosofía religiosa de JACQUES MARITAIN, *Distinguer pour unir, ou Les degrés du savoir* (1932), donde, como se sabe, San Juan de la Cruz ocupa muchas páginas de la parte relativa al saber ultrarracional, como eminente ejemplo práctico de la contemplación religiosa.

Entrando a fondo en la materia de su libro, el Padre Penido nos esboza una entusiasta biografía moral del santo, con muchas citas de sus contemporáneos, que nos recuerdan la fuerte impresión que su personalidad dejaba en todos, y no se olvida, naturalmente, de destacar sus encuentros con Teresa de Ávila y la decisiva influencia de ésta. En los cuatro largos capítulos siguientes —que forman el núcleo central de la obra—, “El camino del amor”, “La subida nocturna”, “El amor transformante” y “El amor padeciente”, reconstruye de modo muy expresivo, y más de una vez vibrante, amenamente vibrante, toda la carrera espiritual del místico español, apoyándose a cada paso en sus obras en prosa o en verso, e introduciendo, con habilidad que le viene de su fuerte convicción, movimiento e interés casi novelesco en las quietudes contemplativas y meditativas del “medio fraile”, como lo llamó un día con buen humor Santa Teresa. Tienen particular vibración de espíritu religioso y de emoción artística las páginas finales sobre la muerte del santo, páginas en que evoca de nuevo el conocido simbolismo de la “noche oscura del alma”, y con vivo sentido poético relaciona los anhelos de amor y muerte del fraile castellano con el contenido emocional y metafísico de *Tristán e Isolda*, aunque no pone bien de manifiesto que los arrobos del amor y los raptos de la música son caminos directos hacia el infinito o hacia una vaga deshumanización del hombre, por trascender los límites racionales o lógicos de su sensibilidad. Claro que aquí aludo a la exaltación del amor terrenal, sin ninguna adherencia divina.

El conjunto de la obra nos pone en presencia de un espíritu elevado, que se preocupa de la crisis contemporánea del mundo, que sufre con ella y le opone como remedio una excelsa renovación de la fe cristiana, presentando como paradigma a un Doctor de la Iglesia que es al mismo tiempo un gran maestro en el arte de expresar literariamente, en prosa y en verso, la contemplación mística. Podrá dudarse de la viabilidad y de

la eficacia de esta medicina social, pues cualquier solución de carácter confesional sólo será acatada por los adeptos del mismo credo, los cuales constituyen siempre una pequeña parte del género humano. Pero hay que reconocer la nobleza de la posición de un hombre de fe que no esgrime las armas exterminadoras del Santo Oficio, bien conocidas en su tiempo por algunos grandes místicos, ni exhorta a guerras santas, sino que se limita a proponer sólo esto: que los hombres, por la incesante búsqueda de la unión con Dios, se superen a sí mismos.

No es éste un libro de rigurosa historia literaria, ni por el método que lo rige ni por los datos que nos suministra. El autor no ha entrado en contacto con la vasta bibliografía crítica, interpretativa y valorativa acumulada en torno a la gran literatura mística española, cuyo acervo libresco calculaba Menéndez y Pelayo, basado en Nicolás Antonio, en más de tres mil títulos. Tampoco nos ayuda el Padre Penido a avanzar en el conocimiento de la vida y obra del "frailecito", ni a resolver el problema estético de si él se anticipó, con su simplicidad poética, a ciertos modos de la poesía actual, o si ha sido ésta la que ha retrocedido a aquella sencillez, ingenua síntesis de grandes tormentos. Pero el *Itinerário mystico de São João da Cruz* añade algo a la gloria del místico abulense: un pensador de mediados del siglo xx ha ido a su obra en busca de nuevas recetas de vida para enfermedades del espíritu mucho más extensas e intensas que las del hombre del xvi.

FIDELINO DE FIGUEIREDO

Universidade de São Paulo.

JUAN SUÁREZ DE PERALTA. *Tratado del descubrimiento de las Indias*. (Noticias históricas de Nueva España.) Compuesto en 1589 por Don . . . vecino y natural de México. Nota preliminar de Federico Gómez de Orozco. México, Secretaría de Educación Pública, 1949. ("Testimonios Mexicanos. Historiadores", 3.) 246 págs. con grab.

En 1580 se imprimió en Sevilla el *Tratado de la caballería de la gineta y brida* de Juan Suárez de Peralta, criollo mexicano. No obstante ser este libro de los primeros escritos en México y el primero publicado por un nativo de América sobre tema profano¹, la fama del autor se debe casi exclusivamente a su *Tratado del descubrimiento de las Indias*, que constituye a nuestro juicio el cuadro más expresivo y directo que se haya escrito acerca de la vida de los criollos en la bulliciosa Nueva España del

¹ Vide PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, cap. III, nota 4. A este respecto, el mismo Henríquez Ureña informa en su libro *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1936: "En Méjico es donde se publica, en 1548, el primer libro de escritor nacido en América: el manual de *Doctrina cristiana*, en lengua huasteca, de Fray Juan de Guevara, mejicano . . . El primero de autor americano que se publica en lengua española es el *Tractado de que se deben administrar los sacramentos . . . a los indios de esta Nueva España*, del agustino Fray Pedro de Agurto, primer obispo de Zibú, 1573. El primer libro francamente literario: la traducción que hizo el Inca Garcilaso de la Vega de los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, Madrid, 1590. El primer libro en verso: el *Arauco domado*, de Pedro de Oña, Lima, 1596" (pág. 14).